

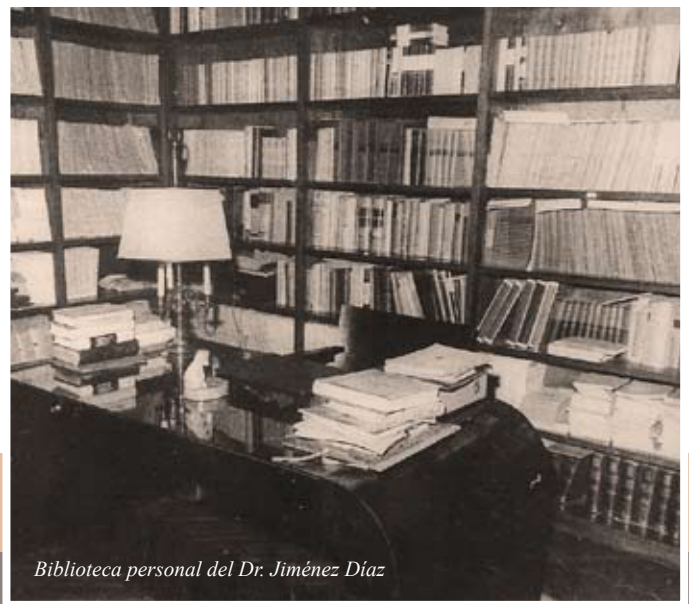


El doctor Carlos Jiménez Díaz

EL SUEÑO *del hijo del tendero*

Conchi Jiménez Fernández

La biblioteca de la Fundación Jiménez Díaz



“Sabedor de todos los saberes”, así definían quienes lo trataron a don Carlos Jiménez Díaz, creador de la Fundación Jiménez Díaz, institución pionera en aunar en un mismo espacio docencia, investigación y asistencia, el sueño por el que su fundador luchó toda su vida hasta verlo hecho realidad. Impulsor de la Alergología en nuestro país dándole un carácter científico, la vida de don Carlos está estrechamente ligada a los libros. Unos libros que poco a poco fueron formando una de las mejores bibliotecas médicas de España y que no deja de crecer y modernizarse. Por eso, no se podría hablar de la biblioteca de la Fundación Jiménez Díaz sin hacer referencia a la apasionante biografía de don Carlos, uno de los médicos españoles más destacados del siglo XX. Este año se cumple el cuadragésimo aniversario de su muerte.

En la trastienda de *La Europea*

Hijo del propietario de la tienda de ultramarinos *La Europea*, en Madrid, segundo de cuatro hermanos varones, frente amplia y ojos vivos escondidos tras unas gafas que le acompañarían durante toda su vida, máximo exponente de la medicina española junto con otras figuras como Ramón y Cajal, Severo Ochoa o Gregorio Marañón... Nos referimos al Doctor Jiménez Díaz, don Carlos.

¿Por qué interesarnos por la vida de este médico? Igual que para Proust toda su obra salió de una taza de té, de un pupitre de madera de pino y una bombilla colgando de un cable, de la trastienda de *La Europea* tomó impulso la vida de uno de los principales artífices de la modernización de la medicina española, creador de la Clínica de la Concepción (Fundación Jiménez Díaz), una institución que ha servido de estímulo y orientación para otros centros médicos y que posee, además, una biblioteca médica con un entrañable pasado y un futuro imparable.

Carlos Jiménez Díaz nació en Madrid el 9 de febrero de 1898, año del desastre colonial español que dio nombre a la ilustre generación de escritores. Desde muy pequeño, junto a Eusebio, su hermano mayor, aprendió a leer, escribir y también a dibujar, una de sus grandes aficiones. Poco a poco se iba vislumbrando el temperamento inquieto y la aguda inteligencia del joven Carlos que estudiaba sin descanso junto a sus hermanos en la trastienda del comercio de su padre, entre zafras de aceite, montones de sacos y, como ruido de fondo, el de las amas de casa pidiendo pimentón o chocolate de Matías López.

Nuestro personaje era un gran aficionado a la lectura, pero en casa de su padre, donde reinaba la total austeridad, se había



Colocación de la primera piedra de la Fundación Jiménez Díaz

dejado claro que allí no había dinero para libros. Comenzó entonces, ya adolescente, a visitar la poco frecuentada biblioteca del centro donde hizo su examen de ingreso de Bachillerato, el Instituto de San Isidro. Allí, una tarde, mientras Carlos estaba enfrascado en un libro de historia, un señor con barba negra y muy elegante le puso la mano en el hombro y le dijo: “Bien, muchacho, así hay que leer y leer siempre si quieres entender las cosas de este mundo”. Aquel señor resultó ser don Marcelino Menéndez y Pelayo.

No sólo satisfacía su necesidad de leer en aquella biblioteca.

En el Centro de Instrucción Comercial, un colegio-academia creado por comerciantes como su padre y en el que Carlos terminó Bachillerato, había una dependencia escondida, polvorienta y poco concurrida dedicada a biblioteca circulante. No estaba destinada a los alumnos pero Eusebio, su hermano, supo convencer al viejo encargado y así pudieron salir los dos hermanos del colegio con sus libros debajo del brazo. El primero de ellos fue *De la tierra a la luna*, de Verne, que guardaron tras la chaqueta al entrar en casa por temor a las reprimendas de su padre, que no valoraba las lecturas y las consideraba una pérdida de tiempo. Libros y más li-

bros siguieron a aquel de Verne ante el asombro del encargado de la biblioteca que nunca había tenido tanto trabajo. Eso sí, los dos hermanos contaban con la complicidad de su madre, que entendía las razones de ese deseo de saber de sus hijos.

Practicante y comprador de libros

En 1913 terminó Carlos el Bachillerato y se empeñó en estudiar medicina oponiéndose al deseo y la voluntad de su padre, que

quería ver a su hijo hecho un ingeniero. Ya desde el primer curso —donde tuvo como profesor a don Santiago Ramón y Cajal, con el que estaba cada vez más entusiasmado— Carlos dedicaba mucho tiempo al estudio solitario. Pasaba las horas en la biblioteca privada del Premio Nobel. Pero aún así le faltaban libros, esos libros que para su padre constituían un lujo y que Carlos acariciaba y revolvió como tesoros inasequibles en la antigua librería Gutenberg de Madrid.

hecho por Carlos, su gran sueño, lo que él llamaba “el germen del proyecto”, su futuro Instituto de Investigaciones Médicas, la actual Fundación Jiménez Díaz. Un proyecto que se convirtió en su obsesión hasta conseguirlo y que consistía en crear un centro que reuniera al mismo tiempo clínica, investigación y docencia.

Mientras tanto nuestro estudiante de medicina conoció, en unas vacaciones de verano, al que fue su primer amor y para toda la vida: Conchita de Rábago. Como protagonista consorte, Conchita entraba así en la historia de la medicina española. Carlos se sentía con ella muy seguro y veía que le entendía, que le animaba a seguir su ansiado camino: el de conseguir modificar la penosa situación de la medicina y la universidad en España. Pero este amor no cambió, sin embargo, las costumbres de Carlos que seguía estudiando todo lo que caía en sus manos y continuaba poniendo aquellas inyecciones que le proporcionaban dinero para libros y revistas que engrosaban su biblioteca.

Excesivamente joven para la cátedra

En 1919 se licenció en medicina y ese mismo año se doctoró con Premio Extraordinario. Don Carlos ya era médico. Ahora, a por una cátedra. Oposiciones a la de Patología de Barcelona. Pero no le dieron la cátedra porque “era excesivamente joven aún”. Tenía 21 años. En esta ocasión Jiménez Díaz dio que hablar por primera vez a escala nacional y pública. Su caso había llegado a las Cortes y se convirtió en motivo de discusión. El hecho de ser “excesivamente joven” pesaba mucho más y el doctor Jiménez se quedó sin la cátedra.

Pero no se rindió y aún quiso ampliar sus estudios. Ya esperaba a tener la edad “suficiente” para ser catedrático, porque como él mismo decía cuando



Poco a poco se iba vislumbrando el temperamento inquieto y la aguda inteligencia del joven Carlos que estudiaba sin descanso junto a sus hermanos en la trastienda del comercio de su padre.

A partir del tercer curso, Carlos aprendió a poner inyecciones y pronto, cobrando menos que los practicantes, se fue haciendo con una clientela que le proporcionaría el dinero necesario para comprar esos libros tan deseados y necesarios para sus estudios. El año anterior había conseguido ganar el Premio Martínez Molina al mejor expediente del curso, premio que ocultó a sus padres para así poder gastar el dinero que cobró en la compra del primer libro de la que con los años sería la más extensa biblioteca médica del país. Se trataba de *Hurst*, una publicación sobre el estreñimiento traducida al francés. En este libro quedaría plasmado, a modo de dibujo a lápiz

se refería a todo aquello que le hacía oposición y recordando las palabras de Bergson: “La paloma podría pensar que la resistencia del aire se opone a su vuelo, cuando en realidad, si no fuera por esa resistencia, no se sostendría en el aire”. Y aunque en la librería Gutenberg le permitían pagos diferidos de las suscripciones a revistas importantes de otros países que empezaron a formar parte de su biblioteca, en 1920 se marchó a Alemania. Era su primera salida de España. Ese viaje le marcó puesto que en el país germano tuvo la oportunidad de vivir la gran organización de hospitales y universidades, pudo admirar la tradición en el quehacer científico, aquello que tanto le faltaba a su país, España. Todo lo ocurrido con la oposición a la cátedra y todo lo aprendido en este tiempo le dio más fuerzas y más estímulo aún para intentar cambiar la triste realidad española y colocarla en una posición científica destacada, como correspondía a su historia.

Ya en España de nuevo, se presentó a las oposiciones de profesor clínico en San Carlos, que ganó casi sin contrincantes. Allí atendía con amabilidad a sus pacientes, rodeado constantemente de discípulos, y sin dejar de mirar a los ojos de enfermos y familiares cuando hablaba con ellos, siempre sonriendo. Y un día fue llamado, junto a un compañero, al despacho de la conocida editorial Ruiz Hermanos, aquella cuya librería le había permitido acceder a las revistas más importantes mediante pagos diferidos. Allí le ofrecieron un trabajo de crítico de libros que le permitiría leer gratuitamente todo lo que estuviese relacionado con las nuevas aportaciones a la ciencia. Además le regalaban libros para ir incorporándolos a su biblioteca. Todo un logro para don Carlos, que seguía decidido a crear su Instituto de Investigaciones Médicas.

Sin embargo, como él bien sabía, el camino para lograr su proyecto era conseguir una cátedra. Hizo oposiciones otra vez y en 1922 ganó una cátedra en Sevilla. Conchita y Carlos se casaron entonces y se trasladaron a la capital hispalense. Los alumnos de medicina del curso 1923-24 tenían un nuevo profesor de Patología poco mayor que ellos, que sabía mucho y explicaba muy bien. Pero don Carlos también tenía consulta en casa y, cómo no, una ya muy amplia biblioteca personal en el lugar adecuado para que sus colaboradores y discípulos pudieran utilizarla por las tardes, pero... eso sí, con cuidado de que no faltase ni un solo libro o revista, que inmediatamente el joven catedrático echaría de menos. De esta manera, y poco a poco, fue conociendo y ganándose a algunos de sus más fieles colaboradores que le seguirían de forma ininterrumpida y le apoyarían en su gran proyecto.

Tres años vivió el matrimonio Jiménez Díaz en Sevilla hasta que, por fin, consiguió la cátedra en la Universidad Central de Madrid. Aunque nunca podría olvidar sus años de felicidad en Sevilla, la capital de España le ofrecía más posibilidades de progresar y de mejorar el tipo de medicina vigente. Ahora, los alumnos del curso 1926-27, esta vez en Madrid, tenían un nuevo profesor de Patología Médica, un hombre que reunía inteligencia, memoria y capacidad de trabajo excepcionales y que disfrutaba enseñando.

Las reuniones de los sábados por la tarde en la biblioteca

Durante algunos años, desde su llegada a Madrid, se dedicó con entusiasmo al desarrollo de las actividades de su cátedra sin dejar de darle vueltas a la puesta en marcha de su gran sueño, el Instituto de Investigaciones. También comenzó el matrimonio a veranear en Salces, un pequeño pueblo cercano a Reinosa

Atendía con amabilidad a sus pacientes, rodeado constantemente de discípulos, y sin dejar de mirar a los ojos de enfermos y familiares cuando hablaba con ellos, siempre sonriendo.

(Santander). Era más bien una pequeña aldea casi perdida, sin teléfono e iluminada con la luz de las velas y los quinqués de petróleo. Pero no eran estos inconvenientes para que don Carlos, en ese pueblo y en una vieja casa de dimensiones reducidas, también contase con una biblioteca de apenas dos estanterías con libros antiguos donde solía trabajar sin descanso.

Comenzaba así la década de los 30 y sus alumnos se iban ligando cada vez más a don Carlos. Nunca más se separarían de su lado.

Fue en 1934, en el restaurante Lhardy, donde el profesor Jiménez Díaz se reunió con un grupo de financieros que se comprometerían a sostener el embrión de su proyecto, que acogieron con máximo entusiasmo. Se formaba así el primer grupo de investigadores dirigidos por Jiménez Díaz. Se reunían los sábados por la tarde en la biblioteca de la casa de don Carlos, en la calle Velázquez, 23, para hablar de ese importante proyecto, de esa primera obra del Instituto de Investigaciones Médicas. “Aunque no hubiera hecho otra cosa —decía don Carlos— aquellas reuniones de los sábados por la tarde en mi biblioteca han sido uno de los privilegios de mi vida”. Por aquel entonces

El doctor Carlos Jiménez Díaz supervisando las obras de su Fundación



Biblioteca personal del Dr. Jiménez Díaz

su biblioteca científica ya era inmensa, podía ser consultada por todos sus colaboradores y contaba con personas encargadas de leer cuanto se recibía para enseñarle al profesor todo lo que pudiera interesarle. Este lo abarcaba todo, lo supervisaba todo, lo dirigía todo, y todo lo tenía en su cabeza.

Por fin, el martes 13 de febrero de 1935, se inauguró su Instituto de Investigaciones Médicas en el Pabellón nº 1 de lo que ya era la Facultad de Medicina en la Ciudad Universitaria, su sueño. Desde entonces, todos los 13 de febrero se celebra la fiesta de la Fundación Jiménez Díaz, su Fundación. Allí, en aquel pabellón también había espacio para la biblioteca con la idea de que sirviera de apoyo a la investigación.

También por aquellos años don Carlos se encaprichó de *El Con-*

vento, unas ruinas de un convento franciscano del siglo XII situado en La Cabrera, cerca de Madrid, en dirección a Burgos. Era propiedad de unas biznietas de don Francisco de Goya a quienes don Carlos se lo compró pensando en convertirlo en lugar de descanso para fines de semana. Lo restauró y, para que sus libros siempre permanecieran junto a él, en una de las habitaciones del piso superior, adosada al dormitorio del matrimonio Jiménez Díaz, instaló una pequeña biblioteca que fue aumentando con libros de botánica que compraba para diseñar su jardín.

La guerra y el exilio

Pero fueron años tempestuosos también. Con la Guerra Civil española se trastoca todo y se retrasan todos los proyectos de don Carlos, que emigró junto a su mujer fuera de España. Pri-

mero a Londres, donde se dedicó a dar conferencias, y más tarde a Roma y a París, donde a duras penas seguía ganándose la vida. Tuvo que esperar a que terminase la guerra para reanudar el trabajo de investigación en el Instituto. Pero aquel pabellón de la Ciudad Universitaria había sido primera línea en el frente y estaba destrozado. En un impulso, y un martes 13 de febrero de 1940, decidió alquilar provisionalmente un hotelito en la calle Granada de Madrid. De nuevo se trazó un plan de acomodación y se hicieron obras en las instalaciones. En la planta baja quedaba instalada la biblioteca del Instituto. Allí, en ese hotelito de ambiente romántico, se hicieron nada más y nada menos que 124.000 trabajos que luego se publicarían en revistas españolas y extranjeras, casi todos de investigaciones llevadas a cabo en aquellos inapropiados

locales, con muy pocos medios pero con la inquebrantable y desinteresada colaboración de su fiel equipo.

El matrimonio decidió mudarse de vivienda a la calle Príncipe de Vergara, 9, ya que la casa de la calle Velázquez, 23, estaba medio desmantelada. Faltaban muebles, los archivos habían sido destruidos, su biblioteca científica había sido confiscada, aunque más tarde la recuperó casi por completo al poder identificar los libros y las revistas por su *ex libris*, y la instaló otra vez en su nuevo hogar. Su pérdida hubiera sido irreparable para don Carlos, pues como

como *Revista Clínica Española*. Su primer número salió el uno de julio de 1940, tras vencer las dificultades de permisos oficiales, imprenta y carencia de papel.

Unos años después, a mediados de los 40, don Carlos y sus colaboradores pudieron abandonar el hotelito y volver a la Ciudad Universitaria. El Instituto de Investigaciones Médicas crecía sin parar y nuevos médicos se incorporaban al equipo del doctor Jiménez Díaz. También por esos años el profesor tuvo una de sus más especiales satisfacciones, la de saber que tres de sus sobrinos estudiarían medicina. El

para el proyecto de don Carlos, que seguía buscando sin cesar un lugar donde poder aunar asistencia, docencia e investigación. Gracias al entonces Ministro de la Gobernación, Blas Pérez, de quien dependía la Dirección General de Sanidad —quien sugirió al Jefe del Estado, Francisco Franco, que el antiguo Instituto Rubio se uniera al Instituto de Investigaciones Médicas—, se creó la Clínica de la Concepción (nombrada así en honor a Conchita, su mujer), que actualmente continúa su andadura como Fundación Jiménez Díaz. Coincidían así sus dos amores: una medicina integrada, donde se



Don Carlos con su mujer, Conchita Rábago

comenta uno de sus sobrinos, el doctor Mariano Jiménez Casado, “cada libro, cada revista eran para él su gran tesoro, imprescindible para el trabajo y lleno de recuerdos del esfuerzo que la adquisición de los primeros le había costado”. De hecho, tanta era para don Carlos la valía de los fondos bibliográficos para la investigación, y tal era su deseo de difundir toda la información posible, que antes de la guerra había adquirido una antigua revista científica en vías de desaparición. La refundó y retituló

hecho de no tener hijos hacía que aquellos jóvenes, Mariano, Pedro y Gregorio, ejercieran en cierto modo el papel de tales. Les preguntaba continuamente sobre sus estudios y exámenes, les hacía familiarizarse con los libros y revistas de su biblioteca, donde debían estar todas las noches, tras acabar la jornada del Instituto.

Sus dos amores

Así llegó la década de los 50 y con ella un hecho maravilloso

podría atender a enfermos con y sin Seguridad Social, en un lugar que llevara el nombre de la mujer de su vida, Concepción.

Ahora la ilusión de don Carlos era inaugurar ese nuevo centro un 13 de febrero, fecha ya emblemática. Y así fue. Pero para conseguirlo había que acelerar las obras del edificio y nunca se había alcanzado un ritmo tan frenético, ni nunca se vieron tantas batas blancas trabajando codo con codo con monos



azules, empujando cajones o recogiendo virutas.

Amaneció el 13 de febrero de 1955, nublado y lluvioso. Con un interminable aplauso, unas 200 personas recibieron al matrimonio Jiménez Díaz que, sin poder reprimir la emoción, avanzaron hacia la realidad de su sueño: su Fundación. Fue una inauguración sencilla pero muy emotiva. Y ese día comenzaron a trabajar. La inauguración oficial, por parte del Jefe del Estado, fue el 31 de mayo de ese mismo año, con 120 camas y un grupo de médicos y personal sanitario ilusionados por un futuro esperanzador. En esa época, la biblioteca de la Fundación Jiménez Díaz (que por Decreto del 27 de junio de 1963 queda establecida como tal Fundación) contenía numerosos libros procedentes de donaciones y no dejaba de aumentar con nuevas adquisiciones, sobre todo con amplias y prestigiosas colecciones de revistas de diferentes países.

Tras la inauguración, don Carlos trató de cumplir su segundo sueño: que los estudiantes de medicina pudieran estudiar allí. Durante cuatro años un grupo pequeño de estudiantes pertenecientes a la Universidad Complutense son formados en la Fundación Jiménez Díaz. Sin embargo, tuvieron que pa-

sar muchos años para que este ejemplo llegara a fructificar, tantos que don Carlos ya no llegaría a conocerlo.

Además se ampliaron las obras del edificio para así poder instalar, además, el sector de investigación y la parte docente. Las obras tomaron su marcha activa y, por fin, en 1956, esas instalaciones se pusieron en funcionamiento. Por aquellos días se celebró en Madrid, bajo la presidencia de don Carlos, el IV Congreso Internacional de Medicina Interna, que pudo clausurarse en la nueva Aula Magna de la Fundación. A ese Congreso asistieron los más destacados internistas del mundo. Don Carlos quería mostrarles su obra... y también su biblioteca personal. A su casa llevó el doctor Jiménez Díaz al grupo de médicos extranjeros que, al ver la inmensa biblioteca, les costaba aceptar que aquello fuera una casa particular y aún más a una delegación rusa, que por primera vez había sido autorizada a entrar en España. Una biblioteca que cuidaba su mujer, Conchita, su compañera en toda la extensión de la palabra.

Un año después, en 1957, la Fundación Jiménez Díaz fue nuevamente protagonista de la medicina española y de las portadas de todos los periódicos.

En ella se llevó a cabo por primera vez en España la primera operación a corazón abierto con circulación extracorpórea. Su artífice fue Gregorio de Rábago, uno de los sobrinos médicos de don Carlos y Conchita.

Ese mismo año, 1957, por iniciativa de un grupo de médicos, comenzó a organizarse la biblioteca de la Fundación con aportaciones directas de todos los médicos que trabajaban en ella. Así pudieron hacerse las primeras suscripciones a unas 70 revistas y comprar al mismo tiempo un cierto número de libros. La biblioteca estaba abierta todo el día. A ella tenía acceso el personal de la Institución así como personas ajenas a la misma que lo solicitaran. Estaba atendida por varias bibliotecarias y dirigida por una comisión.

Un latigazo en el pecho

A partir de esos años, la Fundación siguió creciendo, se integraron los laboratorios de investigación trasladados desde la Ciudad Universitaria. La obra grandiosa del doctor Jiménez Díaz estaba llegando a su meta. Hasta que un día de la primavera madrileña, el mediodía del 18 de mayo de 1967, mientras don Carlos trabajaba, sintió un latigazo en el pecho.



Monumento a D. Carlos Jiménez Díaz



Era el tercer infarto que le asaltaba y que le mató en menos de media hora. Los dos anteriores pudo superarlos, pero este no. Murió como él quería y donde él quería, con su bata blanca, su fonendoscopio puesto y en los pasillos de su Fundación.

Había muerto una gran persona, un gran médico. Pero nos dejó su gran obra: el haber dotado a la medicina española de una gran altura científica, de investigación, a escala mundial. Y para que quede constancia de ello, a unos 50 metros de su Fundación, en un gran

monumento en su memoria, se puede leer: “Al maestro de la Medicina doctor Jiménez Díaz, al Hombre, la Ciencia, la Patria le rinden homenaje”.

Hasta un sello de correos se emitió en 1998 con un doble retrato del profesor Jiménez Díaz, cómo no, al cumplirse los cien años de existencia del Ilustre Colegio de Médicos de Madrid y el centenario de su nacimiento. Según él, todo el mérito que podía tener este esfuerzo se debía a “la perseverancia y la fe en la consecución de los proyectos”, que le animó siempre.

Tres años más tarde, en 1970, y sin que don Carlos llegara a verlo, por fin la Fundación se integra en la nueva Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Madrid, y se convierte en Hospital Universitario para ofrecer una enseñanza integrada que permita simultáneas enseñanza teórica y práctica. El sueño que Jiménez Díaz tanto preconizó llegó a ser una realidad.

Tras el fallecimiento de don Carlos, su esposa Conchita (que murió dos años más tarde), donó la biblioteca privada del profesor, que se unió a la que ya poseía la Fundación. Esta biblioteca personal se conservó tal y como él la tenía, de tal forma que permaneciera el mismo ambiente en el que tantas horas vivió dedicado al estudio. Su biblioteca contenía revistas desde 1919 y contaba con unos 10.000 libros.

Una biblioteca única para la Fundación

El presupuesto económico de la biblioteca de la Fundación se hacía entonces con las aportaciones de los médicos y con una cantidad que aportaba la propia Institución para su mantenimiento. Estaba regida por una Junta formada por cinco miembros y seguía contando con varias bibliotecarias encargadas de la organización así como con un fichero de libros y revistas.

Los usuarios de aquella gran biblioteca se dividían en tres categorías: usuarios de pleno derecho (miembros de la Fundación con cuota mensual); lectores (personas ajenas a la Fundación presentadas por un miembro de pleno derecho); y médicos y estudiantes de medicina.

Estaba abierta de lunes a viernes, de nueve de la mañana a ocho de la tarde, y los sábados hasta las dos de la tarde. Sólo se podían retirar los libros y



los volúmenes de las revistas que ya estaban encuadernadas durante un plazo de ocho días, pudiendo ser ampliado a condición de que no hubiese solicitud en préstamo por parte de otro usuario.

Entre 1970 y 1980 se realizaba intercambio de la *Revista Clínica Española*, aquella que fundó don Carlos allá por el año 1940, con numerosas instituciones, hospitales y universidades del mundo entero: Cuba, Brasil, Portugal, Alemania... En unos estudios realizados en 1977 por D.^a Margarita Vázquez de Parga en su obra *Las publicaciones periódicas de biomedicina en las bibliotecas españolas*, se mostraban los resultados de un análisis bibliométrico sobre el porcentaje de revistas en las bibliotecas españolas a partir de las cien más citadas que figuraban en el *Journal Citation Reports*. En primer lugar figuraba la Biblioteca de Ciencias de la Universidad de Navarra, con 83 revistas de esas cien, y en segundo lugar la Fundación Jiménez Díaz, con 73 revistas. En cuanto a las bibliotecas de centros asistenciales, lógicamente, aparecía la primera con 73, seguida de la biblioteca de la Clínica Puerta de Hierro.

Desde aquellos años la Fundación Jiménez Díaz ha ido creciendo y desarrollándose, evolucionando junto a la sociedad, para destacar en sus tres áreas de trabajo: asistencia, docencia e investigación, culminando con su incorporación en el año 2003 a Capiro Sanidad, grupo líder en España con 20 centros repartidos por toda la Península y que en Europa está presente en Suecia, Dinamarca, Finlandia, Noruega, R. Unido, Francia, Suiza y España.

El futuro pasa por la red

Su biblioteca no se ha quedado atrás en ese crecimiento y desarrollo. Situada en la entreplanta de la Fundación, junto al Aula



Sala de lectura

Magna donde don Carlos tantas charlas impartió, es hoy por hoy una biblioteca especializada, propia de un hospital universitario con muchos años de historia y un sector importante de investigación en el área de la biomedicina. Si a finales de los años 50 se realizaron las primeras 70 suscripciones a revistas, ha habido años en los que se ha llegado a tener 450 títulos vivos. Hoy día, los títulos de revistas en formato impreso no llegan a cien. Sin embargo, con el acceso al portal de la Biblioteca Virtual de la Agencia Laín Entralgo (creada por la Ley de Ordena-

ción Sanitaria de la Comunidad de Madrid), el personal sanitario de la Fundación puede acceder a una colección de 2.337 títulos de revistas y a varias bases de datos donde localizar las referencias bibliográficas.

Desde el año 2003 lleva funcionando esta gran Biblioteca Virtual de la Agencia Laín Entralgo, cuyo objetivo principal es facilitar el acceso a todos los recursos de información que, de forma compartida, se encuentran disponibles en el conjunto de bibliotecas que integran el Comité. En ella se incluyen



Biblioteca de la Fundación Jiménez Díaz



tanto los accesos a las revistas electrónicas a texto completo y a las bases de datos así como a los principales y más habituales servicios bibliotecarios: catálogo colectivo de revistas, solicitud de artículos y servicio de referencia. Con esta Biblioteca Virtual se ha conseguido una mayor accesibilidad y equidad en el acceso a los recursos de información por parte de los profesionales sanitarios de la Comunidad de Madrid.

Y en cuanto a las propuestas de futuro más inmediatas en esta Biblioteca Virtual, y de la que todos los usuarios de la biblioteca de la Fundación se podrán beneficiar, figura la incorporación de nuevos recursos de

síntesis de la evidencia como *Inforetrieve* (recursos elaborados por expertos donde de forma sintetizada, clara y ordenada se resume la evidencia, las pruebas sobre una determinada pregunta clínica). Además se incorporarán gestores bibliográficos como *RefWorks*, de reciente aparición en el mercado, cuya interfaz funciona en castellano y está accesible en Internet. El manejo de un gestor bibliográfico como este permite al usuario crear sus propias bases de datos con las referencias que cada uno considere relevantes y, además, facilita el trabajo de redacción de las citas bibliográficas a la hora de elaborar un manuscrito para su posterior publicación en una revista científica.

También, a medio y largo plazo, se han propuesto proseguir la sustitución de las revistas suscritas en papel por revistas en formato electrónico compartidas por todos los usuarios; continuar con la labor de difusión para que todos los usuarios puedan conocer los nuevos servicios de la biblioteca; integrar tutoriales interactivos para facilitar la formación de los usuarios; e integrar nuevos recursos de información como repositorios bibliográficos.

Se trata, sin duda, de un excelente servicio a la asistencia, a la docencia y a la investigación. Si don Carlos viviera hoy, su diagnóstico sería que la biblioteca de su Fundación goza de *muy buena salud*. ■

Agradecimientos

La autora desea expresar su agradecimiento a la Fundación Conchita Rábago de Jiménez Díaz por la cesión de fotografías, al Servicio de Préstamo Interbibliotecario de la Universidad de Valencia por su ayuda bibliográfica, a don José Manuel Estrada, responsable de la Biblioteca Virtual Laín Entralgo por facilitar datos sobre esta biblioteca y a doña Consuelo Morales Manchón por su testimonio como paciente que fue de don Carlos Jiménez Díaz.

Fuentes

- "Biblioteca Jiménez Díaz". (1969), *Bol. Fund. Jiménez Díaz*, 1, 3, págs. XXI-XXXVIII.
- JIMÉNEZ CASADO, M. (1993): *Doctor Jiménez Díaz, vida y obra: la persecución de un sueño*, [Madrid], Fundación Conchita Rábago de Jiménez Díaz.
- JIMÉNEZ DÍAZ, C. (1956): *La historia de mi instituto*, Madrid, Paz Montalvo.
- VEGA PICO, J. (1967, 10 de junio): "Jiménez Díaz: Luto en la medicina española", *Blanco y Negro*, 2875, págs. 29-43.
- Web de la Fundación Jiménez Díaz: www.capiosanidad.es/fjd [consulta: 15 mayo 2007].
- Web de la Fundación Conchita Rábago de Jiménez Díaz: www.fundacionconchitarabago.net [consulta: 15 mayo 2007].

Ficha Técnica

AUTORA: Jiménez Fernández, Conchi.
FOTOGRAFÍAS: Departamento de fotografía de la Fundación Jiménez Díaz, Fundación Conchita Rábago de Jiménez Díaz y Revista *Mi Biblioteca*.
TÍTULO: *El sueño del hijo del tendero. La Biblioteca de la Fundación Jiménez Díaz*.
RESUMEN: Al cumplirse el cuarenta aniversario de la muerte del profesor Jiménez Díaz, hemos realizado un artículo sobre la biblioteca de la Fundación que lleva su nombre, una biblioteca médica totalmente ligada a la vida personal del fundador de esta institución.
MATERIAS: Bibliotecas Especializadas / Fundación Jiménez Díaz / Jiménez Díaz, Carlos / Comunidad de Madrid.